

MIRADAS AZULES

Esperanza De Meer Méndez

Primera categoría 2ºA

Ya había anochecido cuando por fin terminamos de descargar el camión y, agotados, decidimos dar un paseo dejando nuestra nueva casa llena de cajas que ya ordenaríamos al día siguiente.

Recorrimos las iluminadas calles de aquel familiar barrio de Madrid que desde ese día pasaba a ser nuestro. Restaurantes, tiendas y portales habían sido decorados al detalle, e incluso cerrando los ojos podía notarse lo poco que quedaba para Navidad. Llegamos al mercadillo de la plaza central y, con una buena taza de chocolate caliente que conseguimos en uno de los puestos, nos sentamos en un banco. Mirando las luces, pensé en lo mágico que puede llegar a resultarnos un lugar la primera vez que lo visitamos, y sin embargo cuando se vuelve cotidiano, nuestro recuerdo de aquel primer día parece ser de otro sitio. Creemos que se ha perdido la magia, pero en el fondo solo la hemos dejado de ver. Dando vueltas a ese pensamiento, nos levantamos y seguimos caminando sin rumbo aparente, tan solo intentando no perdernos.

De alguna manera llegamos al precioso escaparate de una biblioteca y, tras el cristal empañado por el frío, había un sencillo Nacimiento entre libros y más libros. Al entrar, sonó una campanita y una dulce voz nos saludó desde la caja, mientras que unos pequeños ojos azulados nos miraban curiosos y vergonzosos al mismo tiempo. Una mirada no más curiosa que la mía al descubrir que aquellas estanterías de madera oscura guardaban verdaderas joyas. Llamaba la atención un rincón lleno únicamente de cuentos y dominado por una gran butaca de terciopelo verde sobre una suave alfombra gris. Entonces cogí al azar uno de los cuentos y lo abrí. Sus ilustraciones eran preciosas, y estuve un buen rato admirándolas hasta que la mujer de la caja, acercándose, nos avisaba de que tenía que cerrar. Ella se fijó en el cuento que tenía entre mis manos y dijo: "Ese siempre ha sido mi favorito, mi padre me lo regaló cuando era niña". Sonriendo, pasó hasta la última página y me señaló la dedicatoria que había escrita con bolígrafo azul: "Para mi querida hija, con todo mi cariño: algún día serás lo bastante mayor para volver a leer cuentos de hadas". Era una frase de C.S. Lewis que nunca antes había leído, pero que me encantó y que sin duda significaba mucho para ella. Guardé el cuento en su sitio y, tras despedirnos, salimos de allí y volvimos a la casa que poco a poco tendríamos que convertir en nuestro hogar.

Al día siguiente me desperté pronto, salí sola a la calle y, después de comprar algo para desayunar, volví a entrar en la biblioteca. Esta vez me acerqué a la caja para preguntarle a la mujer sobre aquel lugar. María, que así se llamaba, me contó que aquel negocio lo había abierto su padre hacía más de cuarenta años. Ella había crecido allí y cuando su

padre se jubiló, ella lo sustituyó. Pero aun jubilado, su padre siguió viniendo cada día, y sentado en la butaca del rincón les contaba cuentos a los niños. Quise saber más sobre él y me dijo que había sido ilustrador de cuentos, precisamente eran suyas las ilustraciones del que yo había cogido el día anterior. Él escribía sus dedicatorias siempre al final, acompañadas de una cita que escondía el misterio del cuento y que debía leerse una vez terminado el libro, de otro modo perdería su sentido. "Todo libro de esta biblioteca que tenga una frase escrita a mano en la última página había sido suyo. Eso es lo que nos queda de él: sus frases, sus anotaciones en los márgenes, y sus ilustraciones", dijo con una sonrisa que escondía algo de tristeza. Detrás de ella volvió a asomarse el niño de ojos azules. "Es nuestra segunda Navidad sin él, y este pequeño es quien más lo echa de menos", dijo acariciando a su hijo. Yo saqué de mi bolsa una galleta con forma de estrella y se la ofrecí al niño. Él, sin separarse de su madre, extendió su brazo y cogió la galleta. Escuché un silencioso "gracias" al que respondí con una sonrisa, y luego me despedí diciendo: "Ahora tengo que irme, pero volveré esta misma tarde y si me lo permites, quisiera leerles yo un cuento a los niños que vengan". Ella debió sorprenderse, pero aceptó inmediatamente la propuesta asegurándome que le encantaría. Y yo salí de ahí deseando volver.

Ya en casa, y después de desayunar, empezamos a abrir cajas encontrando poco a poco un nuevo sitio para cada cosa. El tiempo pasó volando y por la tarde, antes de salir, miré hacia la vacía estantería del salón. "Tengo que encontrar la caja de los libros", pensé.

Y ahí estaba yo, de nuevo frente a ese escaparate, a punto de volver a oír la misma campanita y la misma dulce voz que ya empezaba a serme familiar. Me sorprendió ver todos los niños que había y supuse que María había avisado a varias familias de que yo, una extraña que se acababa de mudar a su barrio, iba a hacer de cuentacuentos. No podía decepcionarlos así que, sin más tardar, cogí un cuento cualquiera y me senté en ese suave sillón verde. Según leía, todas las miradas me observaban atentamente desde la alfombra, todas excepto una, que no podía ser otra que aquella mirada azul escondida entre estanterías. No era como las demás miradas, era mucho más profunda, era helada.

Terminé el primer cuento y leí otro, pero por mucho que lo esperase, ninguno de los dos tenía frase alguna al final. Y entonces, mientras elegía el tercer cuento, una pequeña mano tiró de mi abrigo. Por fin se había acercado a mí y tenía entre sus dedos un cuento que parecía proteger como si fuera un tesoro. Quizá tras pensar de nuevo en si confiármelo o no, me lo entregó sin decir palabra y se sentó a mis pies. Yo empecé a leer la historia de

los Reyes Magos y vi que el niño había cerrado los ojos, puede que mi voz le reconfortase, pero seguro que estaba pensando en su abuelo. Cuando terminé los abrió y me regaló una cálida mirada azul mientras sus labios dibujaban una tímida sonrisa. Y yo no podía ser más feliz. Creí reconocer las ilustraciones de ese cuento, pero no estuve segura hasta que llegué a la última página e ilusionada, leí en silencio: “Para Juan, el más pequeño de mis nietos, con todo mi amor: los Magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino. San Juan Crisóstomo”. Y yo, a pesar de haber escuchado incontables veces esa historia, nunca había leído esa frase. Deseé con toda mi alma que esas palabras guiaran siempre al niño que me acababa de regalar la mirada más bonita del mundo, y le pedí a Dios nunca olvidar esa frase que me había hecho entender tantas cosas.

Leí algún que otro cuento más y llegaron las diez, la hora de cerrar. Después de recogerlo todo con la ayuda de los niños, me acerqué a la caja y vi algo en lo que no me había fijado hasta ese momento. Era la nueva edición de la historia de los Reyes Magos, igual de bonita que la que acababa de leer y con las mismas ilustraciones, por supuesto. Mientras la ojeaba, escuché a María decir: “En los cuentos, los niños miran las ilustraciones y no las palabras, pero lo más importante para ellos es la voz que les cuenta la historia”. “¿Sabes?”, dijo mirando a su hijo, “hacia mucho tiempo que él no se sentaba en esa alfombra, así que gracias de verdad”. Pero en realidad, la que más tenía que agradecer era yo, así que compré un ejemplar de esa nueva edición y dando las gracias me despedí. Me dirigía hacia la puerta cuando una manita tiró de mi abrigo otra vez y, con una azulada mirada que ya no era tímida sino alegre, Juan me preguntó: “¿Volverás mañana?”. Sus ojos esperaban ansiosos mi respuesta, por lo que rápidamente contesté: “Claro que sí, siempre y cuando tú también estés aquí”. “¡Pero si yo siempre estoy aquí!”, exclamó. “Entonces no tendré más remedio que venir”, dije yo mientras él soltaba una contagiosa risa.

Finalmente salí y, a pesar de la lluvia, recorrí contenta el camino a casa. Irónicamente me encontré a mi misma protegiendo aquel cuento como a un tesoro para que no se mojase, y cuando llegué vi una preciosa estrella en la puerta. La casa ya estaba decorada de Navidad, y desde luego así parecía mucho más un hogar. Nada más colgar mi abrigo, cogí un bolígrafo de mi estuche y escribí a mano aquella maravillosa frase en la última página del nuevo cuento: “Los Magos no se pusieron en camino porque hubieran visto la estrella, sino que vieron la estrella porque se habían puesto en camino”. Así nunca se me olvidaría.

Ese fue el primer libro que coloqué en la estantería, pero no fue el último en el que escribí una frase ni mucho menos, de hecho, hoy casi todos los que hay en ella tienen al final una cita escrita a mano en color azul. Y por si alguien lo dudaba, yo sigo yendo cada día a esa misma biblioteca a leer cuentos en ese mismo rincón en el que, por muy cotidiano que se haya vuelto, nunca he dejado de ver la magia.